MUNDO HERIDO

(NOVELA)

Armando Méndez Carrasco



PORTADA

MANUEL GOMEZ HASSAN

SANTIAGO DE CHILE

Obras del Autor

JUAN FIRULA (Cuentos) 1948, 1.ª y 2.ª Edición. Agotadas. EL CARRETON DE LA VIUDA (Cuentos) 1951. 1.ª Edición. Agotada.

MUNDO HERIDO (novela). 1955.

Dedicatoria

A Valparaíso, tierra de sueños y miserias.

A. M. C.

... algún amo desgraciado que, perseguido cada vez más encarnizadamente por la Fatalidad inexorable, ha acabado por adoptar para los cantos de su Esperanza este melancólico estribillo de: "¡Nunca! ¡Nunca más!" "El Cuervo". — EDGAR ALLAN POE.

Primera Parte

1

Recuerdo que ciertos hechos anticiparon en mí el nacimiento de una vida obscura y a la vez deslumbrante.

Vivía en el cerro El Litre en añosa casa que se empinaba como un milagro por los aires, ofreciendo su miserable fachada a las azulejas aguas de Valparaíso. Mucho frío había en el interior de este hogar, mas no podría decirse lo mismo del exterior: los ventanales lucían exóticos maceteros, flores llamativas y caprichosas enredaderas.

Una mujer joven, de caderas macizas y de pechos redondos, consumía el día entre sus plantas, y la tristeza de sus ojos iba a perderse más allá de la lejanía oceánica. Era mi madre, algo mío y ajeno.

-Y tú, ¿ por qué me espías?

Me dirigía a la calle, y buscaba la amistad de los niños más pobres, porque sólo a ellos admiraba. Algunos no tenían dónde dormir, y sin embargo genuinas risotadas surcaban sus rostros. Yo conocía la extraordinaria solidez de sus espíritus por la risa espontánea y la idea de esperanza que jamás les abandonaba.

-"Y tú, ¿por qué me espías?".

Mi vagabundaje al Vergel era un gran desahogo. Partía con Pitopán y Timbirita, dos palomillas que sabían del andar torpe de los piojos y de la furia altiva de las pulgas. En el incomparable Vergel todo se trocaba en chacota y sueños. Algo de ese fértil lugar me hacía olvidar la ciudad y la tristeza del hambre. La quebrada olía a boldo, a retamo, a pajaritos y a campanillas. Y en el fondo, distante de toda mirada, un riachuelo coqueteaba con una tierra roja y tibia.

Al atardecer volvía sudoroso y el animal bramaba en el estómago. Ahora mi madre me recibía efusiva y hasta depositaba un beso en mi entierrada frente. Era un beso sin arte, suelto, fingido. Esta demostración de afecto no satisfacía mi inquietud, y al observarle el pelo erizado, los ojos soñolientos y la falda arrugada, una pregunta rompía en mis labios:

-¿ No ha venido nadie, mamá?

- No sabes, hijo, que los amigos de tu padre vienen

por la noche?

Más tarde una taza de café sin leche, pan añejo y otra vez el cerro, el cielo nocturno y la galaxia que se confundía con las ágiles luces de la costa. Al norte, el hocico del mar, la auténtica noche de los hombres.

Desde el Camino de Cintura nacía la Bajada de Nápoli, suave pendiente que venía a morir a los pies de la casa de los míos. Este encuentro del camino con mi hogar daba ocasión a una planicie desde donde podía admirarse el océano Pacífico, parte del plan, los cerros de La Cruz, La Merced, Polanco, Barón y Playa Ancha.

En esta planicie, punto de sueños y de ensueños, sentía, día y noche, la presencia del mundo con sus placeres y miserias. Y si busqué las estrechas callejuelas porteñas para aquietarme no fué por voluntad, sino huyendo de un panorama que sofocaba mi rebeldía espiritual.

A las horas de comida, oíanse las voces de las madres al requerir sus hijos:

-Juan, ¿no vienes a comer?

-¡La sopa está servida, Humberto!

Pitopán y Timbirita ya no existían a mi lado. Seguramente recorrían los sucios callejones del Puerto o de El Almendral, tendiendo sus pálidas y costrosas manos a los marineros extranjeros que, ávidos, introducían sus cuerpos por las portezuelas donde las prostitutas esperaban con sus carnes marchitas.

-¡La sopa está servida, chiquillo jetón!

Y ante el nuevo rugido observaba la mampara de Nápoli 95, pero mi madre no entonaba ningún nombre. A ratos creía escuchar alguna voz: -Y tú, hijo, ¿no vienes a comer por esta noche?

Volvía, y me quedaba por largos minutos detrás de la puerta, mientras los otros comían. Al verlos regresar, alegres y satisfechos, yo también sonreía y anticipábame a interrumpirles:

—; Chitas que estaban ricos los porotos! Y tú, ¿qué comiste, Manuel Pito?

Cerca de las diez de la noche, las madres volvían a requerir a sus hijos; empero ninguna voz venía de mi hogar.

Valparaíso dormía. Retornaba a casa en silencio. No estaba cansado, y aun mi habilidad me permitía utilizar las molduras del edificio para entrar en ella. En el cerro, nadie se preocupaba de que yo balancease mi cuerpo sobre un precipicio de treinta o cuarenta metros. Era una hazaña inadvertida.

Así, como un precoz delincuente, en mitad de la noche, aparecía en mi casa. Mi madre ni siquiera levantaba su cabeza para comprobar mi presencia, pues urgía su destino entre las cartas de un naipe inglés.

Al oír mis rasguños frente al vacío, sin ejecutar ningún movimiento, me interrogaba como ausente:

—¿Vienes a dormir, hijo?

-Quisiera comer algo, mamá.

-; No sabes, acaso, que tu padre no aparece desde ayer?

Revolvía la cocina, los platos: los cajones, las ollas: nada.

En mi cuarto, mil pensamientos me asediaban. Hubiera deseado crecer hasta ser un hombre. Ellos podían comer, emborracharse y divertirse con mujeres. Mi padre siempre andaba alegre y lejano. En mi madre advertía diferentes estados. Por la mañana malhumorada; en las tardes sus ojos inquisidores me impulsaban al Vergel; luego la efusión cariñosa de las tardes me sorprendía.

El circo hogareño se iniciaba poco después del retiro. Primero oíase un portazo; el andar pesado de un hombre y algo como bulto que se desplomaba sobre un sillón que gemía. Era mi padre.

-¡Cuándo será el día que dejes de beber!

—¡Tomo porque me gusta! ¿y qué? Sé que te viene a ver Robertino por las tardes. Si no te acuestas conmigo es porque te gusta ese bachicha asqueroso. ¿Por qué no me cobra nunca el arriendo? ¡Contesta!

Me hervía la cabeza. Hubiese querido verificar las palabras de mi padre, pero tenía miedo. ¿Quién me retenía a escalar las molduras a eso de las tres de la tarde y llegar hasta el mismo dormitorio?

En seguida el diálogo se tornaba más intenso, y ella le repelía con desaliento:

—Sólo piensas en eso. No puedo soportar tu olor a vino. ¡No grites que el niño está despierto!

—; Despierto! Ja, ja, ja. No te das cuenta que ese duerme como bestia. Ni siquiera le gusta la escuela. Está condenado a ser un simple delincuente. ¡No podrá ser maestro como yo!

El odio que se tenían mis padres se justificaba. Mi madre era reposada, fina. Y sobre lo natural: no podía lucirse. Su vida se circunscribía a un encierro forzoso. Mi padre no la vestía con decencia. El repetía una y mil ve-

ces que el gobierno de la época le pagaba el sueldo con mucha tardanza.

El cuadro familiar descomponíase en gritos, frío, hambre. En una aparente unión, la desorganización era completa. Mi madre, con ojos soñadores, vivía en la majestad oceánica. Mi padre, ante la imágen eterna de una botella de licor, enseñaba moral y formaba niños.

No me atraía la escuela. Una vez estuve en la escuela pública del cerro. Me había entusiasmado y llegué a destacarme como el más aplicado de la primera clase. Yo creía que mi profesor se enorgullecía de contarme entre sus alumnos.

-Es hijo de maestro por eso asimila tanto.

Un día ocurrió un hecho espectacular, helado. Enfermé una noche y tuve pesadilla. La fiebre me abatió durante una semana. Un lunes volví a la primera clase: lo hice con desplante y seguridad. Al traspasar el umbral, algún detalle me anunciaba que mi educador se adelantaría a recibirme, expresándole a los compañeros las razones de mi inasistencia. No obstante, quedé clavado como estaca al oír sus palabras.

—Así que no vienes a clase por andar palomillando en el Vergel, ¿eh?

Sentí algo agobiador y un fuego extraño en el cuerpo. Huí de la escuela en dirección a casa. Le dije a mi
madre lo sucedido, y ella justificó la actuación pedagógica del maestro. Yo no lo comprendí así. Durante mis primeros quince años, no pisé el suelo primario. El resultado fué concluyente: gritos, censuras y la frase justa:

-"Es un perdido. Tiene talento de gañán".

En las noches, al suponer que dormía, mis padres discutían siempre lo mismo: amor, celos, odios, engaños, dinero, exigencias. Pero todo era diferente cuando él aparecía en casa con sus colegas primarios. Entonces se disertaba sobre educación, moral, filosofía, literatura. Yo les escuchaba y me sorprendía que esos señores viniesen a ampliar sus conocimientos a tan altas horas de la noche. La razón la descubrí muy luego: el pretexto era "curar" a mi padre para gozar de pronto de los ojos de mi madre, de la gracia de sus rodillas y de su cuerpo tan flexible para el baile. En la intencionada juerga, un destemplado gramófono rugía en complicidad. Al compás de un "one step", mi padre dormitaba en un rincón su gloriosa borrachera.

Muchas veces tuve la idea de rebelarme. Quise gritarles todo mi odio; pero estaba solo. Decididamente solo. Me desorientaba la posición tan voluble de mi madre, pues a veces charlaba sobre Dios, de la angustia de Cristo, de la virtud de los ángeles y de la purificación de la Virgen. En verdad que me desorientaba con motivo: solía muy a menudo conseguirse con alguna vecina un sobrio vestido y se iba conmigo a la iglesia de Los Doce Apóstoles, ubicada en una cortísima calleja de El Almendral. Ahí repetía, arrodillado en un reclinatorio, las raras musarañas que ella ejecutaba con sus finas manos frente a los santos. Allí la escuchaba en sus oraciones mientras cortinas de lágrimas deslizábanse por sus mejillas. Ahí parecía tan pura que buscaba el calor de su mano derecha.

Así inconscientemente, fuí instruyéndome en el misterio religioso. Todo lo soporté con paciencia; pero eso de saber noticias acerca del infierno no podía aceptarlo. El infierno me daba vueltas y vueltas en mi pobre cabeza. ¿Existiría realmente? Y al retornar a la grandeza de Dios—divino y creador según la expresión de mi madre— una frase surgía en mis labios:

- -¿Y por qué Dios creó el infierno?
- —El infierno es para los niños malos, para los hombres y mujeres que pecan.
 - -¿Y qué es el pecado, mamá?
 - -Un delito contra Dios, hijo mío.
 - Y cuándo se comete delito?
 - -Cuando se es desobediente y soberbio.

No entendía nada. Sólo que viví horrorizado con la idea del infierno.

—Mamá, y cuando se ha pecado, ¿qué es necesario hacer para obtener el perdón de Dios? -Confesarse, hijo.

-¿Y quién confiesa?

El señor cura de Los Doce Apóstoles que es Ministro de Dios.

-Pero el señor cura también comete pecados ¿ verdad?

- Los sacerdotes son puros, hijo!

Una noche de bautizo me pasó algo anormal. Extenuado por los costalazos y puñetes de la "mocosería" que recogía cincos, dieces y veintes a la salida de la puerta principal de la iglesia, quedé durante algunos minutos descansando en las pronunciadas escalerillas. De súbito, apareció el señor cura.

-¿Y tú, hijo, ¿por qué no te vas a casa?

-Estoy cansado, padre.

-¿Donde vives?

-En el cerro Litre, padre.

-¿Y por qué vienes de tan lejos?

Deseaba jugar al volantín mañana, y como no tenía hilo ...

-¿Y cómo te fué?

- Mal! Me falta un peso.

-Yo te lo daré si me acompañas.

No había por qué temer. Me condujo a un estrecho dormitorio, y me ubicó en un sillón amplio, acojinado. Las seculares campanas señalaban las ocho de la noche. Después se hizo un silencio impresionante y, como contrajese mi frente, el padre me obsequió con una copita de licor verdoso que tuvo el don de alegrarme. El eclesiástico se acomodó a mi lado y sus afectos no me disgustaron. Ahí pude comprender que necesitaba cariños. Como despedida,

me dió de comer un pan francés con chancho y mantequilla. En seguida me llevó, risueño y juguetón, a la puerta lateral de la gran nave de la iglesia. En el trayecto, colocó distraídamente un peso en mi bolsillo izquierdo. En la mampara me invitó a que volviese y yo posé mi vista en su encarnado semblante.

-Volverás, hijo, y yo te prepararé para la primera comunión.

-Gracias, padre.

En el instante de la separación, acarició mi cabeza, los hombros, y tuve una reacción dolorosa cuando trató de agarrarme las piernas y otras partes de mi cuerpo.

No volví a la parroquia a pesar de los ruegos de mi madre, de sus insinuaciones sobre la pureza de los sacerdotes. Ante una tenaz insistencia, salté furibundo:

- Son malos, mamá!

Se puso a llorar y recalcó que tenía instintos perversos y que era un hereje. Terminó el sermón con una oración esperanzada:

-El infierno te espera...

Estaba timbrado por mi madre: simplemente un muchacho perdido, rebelde, con talento de gañán.

Anduve triste por algún tiempo. Me torné en un callejero incorregible, ciego, destrozado. No obstante, los momentos de serenidad los hallaba en las noches al arrebujar mi cabeza entre las sucias sábanas de mi cama. Ahí desmenuzaba las palabras hirientes de mi madre y surgía la visión sexual del fraile de Los Doce Apóstoles. ¡Cómo olvidar el pasado!

Mas el encanto de mi alma: el cerro, el mejor reme-

dio de mis primeros años, sanó en parte la semidestrucción experimentada en el proceso religioso. Ya no pensé más en Dios, en Cristo, en los ángeles y en la obsesionante idea infernal.

Y como todo vuelve, un día el infierno se apoderó de mí. Una ranchería del cerro de La Cruz, el cerro hermano, se incendió. Mujeres, hombres y muchachos se esforzaban por salvar sus útiles y enseres más íntimos: sus camas, sus muebles, sus recuerdos. Mi madre me retuvo a su lado y una huella de dolor se clavó en mi corazón al oír el llanto de los niños y el aullido de los fieles canes. Ahí, cerca de la protección maternal, tuve la primera sensación fuerte: las llamas pareciéronme inmensas, poderosas.

- -¿Es así el infierno. mamá?
- -Así y mucho más, hijo.
- -Y si Dios es tan justo, ¿ por qué hace esto?

No hubo respuesta.

Cesó el siniestro y acompañé a mi madre a la iglesia de Los Doce Apóstoles. Ante el altar, la vi orar y pedir clemencia para los seres sin hogar.

- -¿Me prometes portarte bien, hijo?
- -Sí, mamá, te lo prometo.

III

En la noche la fiesta hogareña volvió a sacudirme. Al rato, ante la plena borrachera de mi padre, se inició el asedio de los galanes. ¿Por qué mi madre demostró tanta humanidad en la tarde y ahora le sonreía a esos aprovechadores de camisa blanca? Me dí a pensar que yo no tenía condiciones para conquistar sus sentimientos. Sudé mucho esa noche, sudé reflexionando en mi tosca figura.

Sabía que mi madre amaba lo hermoso y comprendía su indiferencia: era yo deslavado, de piernas muy gruesas, escaso de estatura para mi edad. No había en mi persona ningún rasgo pasable, sino una melena crespa que producía, en cierto modo, un tono afeminado. Mi madre se sentía satisfecha de ese pelo; pero yo maldecía la hora en que comenzó a destacarse. ¡Qué hubiese hecho por extirpar esa chasca! Muy sentadora, quizás, porque a menudo las viejecillas me tocaban la cabeza y alababan ese matorral que vivía sobre mí.

-; Dios le guarde su pelito, hijo mío!

Y esa belleza no era tal, pues más allá de la simple apariencia una turba de piojillos se hartaba de mi sangre. A mi madre le apasionaba la forma exterior, y yo sufría esperando que algún milagro matase todos esos bichos grises. Muchas veces lavé mi cabello con ceniza; pero al salir el sol, con mayor furia, las bestias carnívoras arrastrábanse por los senderos blandos. Y si en las raíces cabelludas dormían las liendres, querría decir que estaba condenado a transportar esos insectos por todos los rincones de Valparaíso.

-Mamá, ¿querís que me corte el pelo?

Me enrostró las palabras de la iglesia: "ser un niño bueno y obediente".

-¿Limpiarás mi cabeza entonces?

Me dijo que sí, y los días empezaron a pasar...

Una tarde en que jugaba con Irma todo se vino al suelo. Irma era una niña muy hermosa y, por consiguiente, demasiado coqueta. Me buscaba con cariño compasivo porque descendía de aristocrática estirpe. A pesar de ello, le agradaba divertirse conmigo después de su arribo del Liceo de Niñas N.º 2, donde cursaba la sexta elemental. Y en una de esas tardes creí morir de verguenza.

-; Tienes un piojo en la frente!

Una defensa estúpida vino a flor de mis labios:

-Es que anoche me acosté con Timbirita.

-; El hijo del profesor es un piojento!...

La muchacha se hundió por el follaje, y yo me quedé envuelto en dolor.

A las siete de la mañana del día siguiente me dirigí a "cortear" a la Plaza (1). Esta habilidad la desconocían mis padres.

Cuando hube ganado el suficiente dinero, salté sobre el trasero de un viejo Ford, y descendí en las proximidades de una peluquería de Francia e Independencia.

Tantos hechos me afiebraban y por minutos tuve la intención de fugarme de Pancho (2). Comprendía que Irma no estaría otra vez junto a mí. ¿No sería preferible dejar transcurrir el tiempo?

De súbito, me hallé en un confortable sillón.

-- ¿ Qué corte, cabrito?

-Al cero, por favor.

El maestro peluquero hizo una mueca, y emprendió la tarea con pocos deseos. Me sudaba el cuerpo y el alma. A intervalos, me parecía escuchar las burlas de los individuos barbudos que esperaban turno para servirse. Noté que manojos de cabellos crespos y sucios se precipitaban a tierra y adivinaba que en cada pelo se enroscaba, como reptil, un miserable parásito. En algunos momentos sentía dicha al saber que esos animalejos repulsivos y de andar

⁽¹⁾ Mercado,

⁽²⁾ Valparaiso.

cansado desaparecían. Pero luego caía en el agobio.

-Y tú, cabrito, ¿que no tenís mamá?

Calculé el fondo de la pregunta.

- -No, señor. No tengo mamá.
- -Con razón tenís...
- -Sí, señor. Tengo...

Hice un gesto amargo, triste, y el hombre evitó de indagar acerca del estado deplorable de mi cabeza.

Abandoné en el aire la peluquería y eché a correr hacia Avenida Brasil. Desesperado, enfrenté con el espigón de atraque, arrepentido de haber negado a mi madre.

No pocas personas se reían al ver que mi cabeza expelía reflejos pálidos, carnales. Otros peatones pasaban remotos. En el hecho estaba tranquilo: ya nadie podría decir que era un piojento.

En el atracadero principal me entretuve con el arribo de lanchas, botes, remolcadores, goletas pescadoras; pero un vigilante aduanero, asiéndome por un brazo, me interrogó con bestialidad.

- -¿ Qué venís a buscar aquí? ¡ Contesta!
- -Si he venido a mirar solamente.

Le puse ojos humildes y no se compadeció. Me trasladó al retén de aduana, y allí vinieron las preguntas. Nunca se habían preocupado de mí: ahora infundía dudas. Sencillamente caí teñido por la justicia. No sé qué escribirían en el Libro de Novedades de Guardia; tal vez detenido por vago, por limosnero, por sospecha o loro. El trato de los hombres fué muy áspero y lo soporté con carácter. Además, ya nada me importaba que me tomasen por delincuente, puesto que no podrían pelearse mi pellejo las bestias mudas.

Jamás podré olvidar la fiereza "humana":

- -; Dónde vivís?
- -En el cerro Litre, señor.
- -"Mi cabo" se dice, idiota.
- -¿En qué trabaja tu padre?
- -Es profesor de la Escuela N.º 4, mi cabo.
- —¡Anda a bañarte, desgraciado! Si fueras hijo de profesor no andaríai como los maleantes.

Supuse que aludía a mi corte de pelo.

-Yo no miento, mi cabo. Mi padre es maestro.

El cabo investigador auscultó la mirada de dos guardianes ayudantes, cuadrados como robles, y volvióse hacia mí:

—Por esta vez te vamos a largar, pero si volvís al Puerto lo vai a pasar muy mal ¿Oíste?

-Sí, mi cabo, oí.

Le dí un adiós a los faluchos, a los buques de guerra humeantes sobre un cielo limpio, y comencé el regreso al cerro por el camino costanero.

Mi madre me recibió entre alaridos y gesticulaciones dramáticas.

- —; Quién te peló en esa forma? ; Quién te peló como los rotos? ; Responde!
 - -Como los rotos, mamá. Pero no tengo piojos.
- —Ahora sí que estamos lucidos con un delincuente en casa.
- -Yo no soy delincuente, mamá. ¡Tú nunca me limpiaste la cabeza!
 - -; Insolente! ; Perdido! ; El infierno te espera!

No le temía al infierno, me asustaba el cerro. Irma, la colegiala de la sexta preparatoria, ya no se detendría al pasar a mi lado. Tampoco lo harían los otros niños de clase media: se escurrirían de mí como aceite en descomposición.

Mi madre se abstuvo de hablarme por algún tiempo y mi padre, tan ajeno en mi vida, no se fijó en el cambio de mi rostro.

Y a las tres de la tarde, la voz de mi madre volvía justa, cabal, científica:

-"Y tú, ¿por qué me espías?"

Al abandonar mi hogar de Nápoli 95, Pitopán y Timbirita ya esperaban en la puerta.

-; Chitas como te dejaron el coco!

—; Y por qué te echaron el guante? —preguntó Timbirita.

-Me cayó la rocha por ladrón de plátanos.

- No sería que te pelaron el gato porque teníai autitos chicos?

No valían las palabras.

Al principio me sentí un gran desdichado, y poco a poco fuí descubriendo que no lo era tanto. Ahí estaban Pitopán y Timbirita dos seres que, si la existencia del cielo fuese efectiva, al morir tendrían que ocupar privilegiado sillón en ese universo de bondad y esplendor.

Desde muy temprana edad les observé en el cerro. Siempre descalzos, pelucones a veces, rasurados al cero otras tantas, con blusones parchados, pantalones ojerosos, sebientos, dejaban traslucir sus carnes y sus sexos. Vivían de la limosna y de los "cortes" que, de tarde en tarde, se-

lían hacer en la plaza. Por la indumentaria que usaban, muy rara vez las empleadas o dueñas de casa confiaban en ellos, y entonces se veían inducidos a ladrar la caridad. Otras veces hurtaban porque el hambre era inaudita, ciega, descarnada.

Viéndoles crecer, sufrí con ellos.

Cierta vez conocí el hogar de Pitopán, si tal puede llamarse una pocilga donde arrugaba su cuerpo. Timbirita venía del anonimato y la razón de su vida se manifestaba en una lealtad sin precedentes hacia Pitopán. Este disponía y Timbirita jamás movía sus labios para contradecir. Para el común de los muchachos del cerro, esta pareja estaba aislada. Esta injusticia originó un terrible dolor e indignación en mí. ¿A quién gritarle que los abandonados tenían corazón?

En Pitopán, dentro de su asquerosa miseria, había un lejano burgués, pues para botarse contaba con una "payasa" húmeda, maloliente, pulgosa. A su lado estrujaba las noches Timbirita. En el extremo de la rancha, recostábase una mujer. Era la madre de Pitopán. ¿Y el padre? El cumplía una condena perpetua en el presidio del cerro Cárcel de Valparaíso.

Habría que agregar que la mayoría de las noches los muchachos no se recogían e iban a tenderse bajo los botes, en los solares, entre las puertas, en los cauces o en alguna rancha de pescadores de Caleta Jaime. Sus vidas constituían un ir y venir de aventuras sin importancia para ellos.

Respecto de la indiferencia social, no había quejas en sus labios, sino una tristeza marcada a fuego entremez-

clada con una sonrisa burlona, artística. Era una tela perfecta que muy pocos mortales podían entender.

El desinterés de los míos me unió con admiración a Pitopán y Timbirita. Y además, sobre todo hecho, seguía repercutiendo en mí: "es un perdido, es un tonto"...

Yo no sé si tendrían razón en eso de "tonto", porque a ratos emitía determinadas sílabas que no cabían en ninguna mente regular: BETETE, COYOYO, TRONTRON, PALETON, CURIFLIFLE, BIRLITA, PINFLETA, FIRULA. Y al repetirlas una y mil veces, durante las veinticuatro horas del día, originaban en los adultos expresiones crueles.

-..."y todavía es hijo de profesor".

Consciente de mi situación, saturado espiritualmente con tan raras y estrambóticas voces, crecí herido.

La rancha de Pitopán comenzó a interesarme. Se hallaba entre otras ranchas, afirmada al Camino de Cintura, mostrando sus llagas a la grandeza oceánica. El reypropietario no era otro que Robertino, el fiel admirador de mi madre.

Una noche en que la tertulia "cerristica" se hizo notable en griterio y altos "garabatos" ocurrió algo inusitado, soberbio, real. Al escucharse pasos, se produjo el silencio.

-¿Están ya durmiendo, chiquillos?

Nos mordimos los labios, y la silueta de una mujer dejóse ver en el umbral. Se tendió en el colchón sin sábanas del otro extremo y, al débil resplandor de un farol público, notáronsele gruesos muslos y pechos desbocados.

Después entró un hombre de puntillas y se precipitó,

como lobo hambriento, sobre la hembra en pose.

—; Apúrate ante que los cabros las paren! Una lechuza pasó cantando su gloria.

Se oyó un suspiro, un interrogante susurro, roces de piernas, besos. Las enmohecidas latas de la rancha se quejaban.

Yo sudaba de curiosidad entre Pitopán y Timbirita.

-¿ Qué están haciendo, Pitopán?

-Se están tocando la manito, pus tonto

La fiesta concluyó cerca de la media noche y el sujeto se retiró de la rancha con sigilo, triunfante, saciado. Cuando minutos después erguí mi cabeza para observar el panorama de la pieza, noté que la joven hembra, madre de Pitopán, roncaba como lirón. Por su parte, los muchachos soñaban con el nuevo día.

Había adquirido una nueva experiencia: un mundo desorbitado, atrayente, sombrío. Desde ese instante sólo ví rostros mujeriles, y de la noche a la mañana me hallé frente a una muchacha.

Ocurrió que mi padre recibió un préstamo de la Caja de Imponentes, utilizando para ello un certificado médico fulero: mentira económica y lógica.

Horas más tarde, por tren expreso de las cinco, mis padres se dirigieron a Santiago a despilfarrar el dinero. Yo les despedí en la roñosa Estación de Barón.

Mi madre me entregó al cuidado de Margarita, una jovencita de 18 años, de cuerpo gracioso, formado, hija de una gorda lavandera del cerro. Mi madre fué contundente con la muchacha.

-No lo dejes salir a ninguna parte, y a las siete a la

cama. Nosotros regresaremos mañana.

Singular orden. ¿Empezaba a interesarles ahora?

En el anochecer, los muchachos estuvieron de bromas y yo acepté sus travesuras sin dejar de sonreír con picardía y bienestar.

- -Oye, Curipipe, esta noche te lanzái al dulce: ¡La Margarita tiene un chancho flor!
- -...Y mañana los contái, ¿querís? —agregó Timbirita.

Al encontrarme en mi casa, revolviendo las palabras de los chiquillos, todavía con la visión caliente de esos dos seres desnudos que se azotaban en la alta obscuridad, hundí mis ojos en el cuerpo de Margarita:

- -¿Y por qué me mira así, mi niño?
- -Quisiera estar a tu lado, Margarita.

Extendió las manos, y vino a mí el fuego de sus labios. No esperó otra frase y se coló bajo las sábanas dispuesta a dejarse acariciar.

Cuando topé sus muslos pensé en Irma, la liceana de la sexta primaria. ¿Y por qué recordar a Irma si Margarita tenía los pechos duros y sólo comparable a sus hombros y rodillas? Y, además, algo extraordinario había entre sus piernas.

- -¿Y qué espera, m'hijito.
- -Es que, es que...
- -¿ No lo has hecho nunca todavía, Curipipe?

Comprendió mi ignorancia. Entonces volvió por sus besos y su boca tornóse salivosa, quemante. Pude apreciar que se quejaba, más advertí que no era un quejido doloroso, sino lleno de angustia, de fervor. A las siete de la mañana estaba levantado y antes de abandonar mi hogar en busca de Pitopán y Timbirita quise mirarla, una vez más, en su íntegra desnudez. Al percatarse de mis intenciones, se refugió en un rincón de la cama y la otra mitad de su cuerpo extravióse bajo las sombras de la pieza.

the state of the s

in province a secondario filmo i representado dimensos estraciones. Secondario i otrastes formas el sobre river se estaciones, producti

MANUAL PROPERTY AND ADMINISTRATION OF THE PARTY OF THE PA

A substitute of the property of the second s

Al salir de mi hogar, pasó para mí inadvertida la hermosura de los cerros, el oleaje marino, el pitar de los barcos surtos en la bahía y la apostura arrogante, cursi de algunos educandos que se dirigían a sus respectivos colegios.

En ese instante me consideraba un hombre y este orgullo se justificaba: habíame acostado con una mujer o una mujer se acostó conmigo. Retenía, con mis ojos fijos puestos en el plan, la dureza de sus pechos, las caderas inacabables y la estrechez ardiente de sus carnes. Esta aventura fué un estímulo: el descubrimiento de un mundo deslumbrante, natural. Desterré esa órbita de amargura que parecía aislarme en completo anonadamiento, máxime cuando permanecía en mi hogar junto a los míos.

Mis desalmados amigos me conocían como un muchacho travieso, fanático de las excursiones, diestro en lanzar
piedras, astuto para escalar murallas y edificios. Estas
cualidades impulsaban a un grupo de chiquillos a conquistar mi amistad. Y así pude acapararme las voluntades lejanas de Pitopán y Timbirita. Estos seres, encajados a
una sociedad altiva, sabían de los vericuetos de la adolescencia con mayor maestría que cualquier otro palomilla
del cerro. Ellos no creían en mi ignorancia respecto de algunos hechos que yo juzgaba sorprendentes.

-"Este sabe más que losotros. Los toma el pelo".

No negaré que siempre fuí ingenuo, pero curioso. Estas extravagancias humanas me abrieron los caminos de la investigación y del por qué de las cosas prohibidas.

En un recodo de la Subida El Litre, divisé a Pitopán y Timbirita. Advertí en ellos la primera mirada picaresca.

- -¿Y cómo te jué, Curipipe?
- -¿ A qué te referis, Pitopán?
- No vis, Timbirita, que este tonto se hace?
- Cómo te jué con la Margarita, madre superiora?
- -Rebién y me acostó tempranito.
- -Pero te resultó. ¿verdá?
- -Me resultó, ¿qué?
- —Andate al diablo, Curipipe cagón. ¡Tú llegái a bramar! —remató Timbirita.

Estuve hermético: temí perder a Margarita. Así po-

dría contar con sus misterios nuevamente. Los muchachos se sintieron molestos, burlados.

—Oye, Curipipe, ¿de dónde vienen las guaguas? Pasé por ignorante.

-; De Europa, pus!

-; Güeno que soy vaca!

-¿ De dónde vienen entonces?

—Escucha tonto pelotúo: tu papá y tu mamá se encatran a lo Adán y tilín.

—¿Y después?

-Después, ¡pum!

-¡ No te entiendo ni jota, Pitopán!

Mientras se suscitaba el diálogo entre Pitopán y yo, Timbirita asentía, aunque fuesen torpezas, las precisas salidas de su hermano de infortunios. Como Pitopán creyese en mi ingenuidad, se dió de nuevo a una explicación más descarnada.

—Se acuesta tu papá con tu mamá. Un meneo pallá y otro pacá. Entonces a tu mamá se le infla la guata como tambor. Se va al San Juan de Dios y vuelve con el manso crío en los brazos. ¿Entendís?

- Claro, pus Pitopán!

La exposición de Pitopán habría dejado perplejo al más retardado.

Me separé un rato de los muchachos, aduciendo tener que volver a casa por una diligencia impostergable.

-No seái traguilla, pus Curipipe. ¡Acuérdate de losotros!

— Creis que no vamos a saber, bolsiflai, que vai por la Margara?

Ellos partieron a la plaza en busca de vida.

Minutos más tarde, luego de abrazar a Margarita, bajé al plan a reunirme con los chiquillos. Ninguna nube
parecía cruzar mi mente; no obstante, al cruzar la Av. Pedro Montt tuve un golpe violento. Pitopán y Timbirita,
amarrados por detrás, como peligrosos maleantes, eran
empujados por dos policías. No sé qué habrían hecho: seguramente tenían hambre y hurtaron una manzana o un
pedazo de pan. En las cercanías, manadas de intrusos les
observaban con desprecio. Me sentí infeliz ante mi inutilidad. Yo sabía que ningún delito gravaba sus espaldas, só
lo que vestían de andrajos. No ví ternura en los rostros de
los hombres, sino palabras estúpidas, críticas odiosas, conceptos sin base.

-Son cuchilleros de la Plaza.

-Se dedican al robo.

Cuando se perdieron por el ancho portón de la Comisaría de Barón, una emoción rabiosa escondió mis palabras.

-Algún día no pasarán estas cosas.

Ahora recordaba una frase de Pitopán y Timbirita que el tiempo condensaría en el cielo:

—"El día que los pesquen los llevarán redonditos pal reformatorio del cerro de La Cruz".

Y luego de secarse el grasiento sudor de la miseria, había musitado con un dejo desgarrador:

-"Tú sabís, Curipipe, que los pacos los tienen pal gallito".

Ante los acontecimientos presenciados, opté por correr al cerro para avisarle a la madre de Pitopán sobre la suerte de los muchachos. Se hallaba lavando viejos trapos descoloridos y, al verme, se tocó la cintura, se pasó un brazo por la boca salpicada de lavaza y desplegó la lengua:

-¿Por qué no andái con los cabros, Curipipe?

-Es que los detuvieron los pacos del Barón y se los llevaron...

¡Qué se jodan por tontos!

En el mundo de la joven hembra —e imaginé los instantes en que la sentí desprenderse junto al macho—no había cabida tampoco para Pitopán y Timbirita. ¿Acaso la miseria la dejó exhausta de sentimientos?

Retorné por la tarde al cuartel policíaco, pero no salieron

Mis padres regresaron de la capital por la noche y Margarita les informó con mucha tranquilidad y mesura acerca de mi virtuoso comportamiento.

Al día siguiente supe que el destino de los muchachos estaba escrito: el presentido reformatorio del cerro de La Cruz.

Transcurrieron algunos días, semanas quién sabe, y una corazonada me llevó a la vecindad del establecimiento de regeneración de niños vagos y delincuentes. Estuve en la puerta sin atreverme a preguntar por ellos, mas una estridente marcha desequilibró mis nervios.

Era la banda instrumental del reformatorio que descendía al plan a rendir homenaje a los Héroes de Iquique Pitopán lucía como tambor mayor y Timbirita detrás. Al toparse conmigo, redoblaron con gran contento el tamboreo. Así, sin cambiar palabras, les escolté cerro abajo. El encuentro fué muy emotivo, y supe de sus amarguras. Volvi agobiado a casa.

Mi madre, al observar que no me interesaba la calle como antes, prometió enviarme al sur de vacaciones. ¿Vacaciones? Sin causa fundamental, al oír hablar de vacaciones, me sentí desconcertado. Más vacaciones, ¿para qué?

—Te irás a Los Laureles donde tu abuela. Allá te transformarás en un niño decente.

-¿ Qué no lo soy entonces?

-Si lo eres, pero eso de andar siempre con rotosos...

-No son malos, mamá.

-¿Y por qué manejan cuchillo?

No quise rebatirle; necesitaba algunos días de reposo y anhelaba los cariños del hogar. ¿Vendrían esos apetecidos cariños? Quizás con el tiempo, de no sé dónde, pero vendrían...

the state of the s

[18] 中国的中华中心,他们是这些国际的国际的国际和国际的

The state of the s

witter have been but satched

Un nuevo matrimonio se avecindó en el cerro y arrendó una de las múltiples propiedades del italiano Robertino. Un niño muy pecoso y alegre daba solidez al hogar. Por la tarde conseguí su amistad y supe que se llamaba Eduardo Arredondo.

La madre, como hijo único, se desvivía por él y lo había transformado en un perfecto muñeco de moralidad y limpieza. Sin embargo el mocosuelo, al poco de juntarse conmigo, empezó a volver a su hogar chascón y entierrado.

-¿ Apuesto que te has juntado con ese que le dicen

Curipipe? ; Responde!

Y el muchacho, crecido en un medio parejo, fué hinoptizado por mis hazañas, por mi natural desorden y por otras habilidades sin importancia para mí.

-¿ Es verdad que tú soy pandillero?

- —Bueno; antes me juntaba con Pitopán y Timbirita; pero ahora ellos están en el reformatorio del cerro de La Cruz.
 - -¿Tú conocís a Rosquita?
 - -; Claro que lo conozco! Es aguja pal tajo.
 - -Y si es cuchillero, ¿ por qué te juntái con él?
 - -Porque es muy valiente.

A Eduardo le encantaba mi fama y concluí por tomarle cariño por su humildad para doblegarse ante mis pensamientos.

- -Mi mamá cree que tú eres delincuente, porque te han pillado con chiquillos muy rotosos. Pero yo te quiero mucho, Curipipe.
- —Mis amigos son muy pobres; pero no son malos. Ellos cuando roban lo hacen por hambre.

Al muchacho se le nublaron los ojos y prometió conversarle de mí a su esquiva madre.

-Yo sé que mi mamá te querrá...

La casa de Eduardo Arredondo se levantaba en un bajo y para llegar a ella era preciso descender una inclinada escalera de unos sesenta peldaños. Desde la primera plataforma, podía verse un precipicio y al final un patio rústico con breves piedras de huevillo incrustadas con desorden. Las barandas notábanse muy viejas, cansadas. En muchas ocasiones sorprendí a la madre de Eduardo Arredondo increparle acerca de ese lugar.

-"No juegues por ahí, Eduardito. Alguien te puede empujar".

Ese alguien se adueñó de mí como una pesadilla y opté por jugar con-Eduardo lejos de la fatídica baranda.

-¿ Verdá que tu mamá no me traga, Eduardo?

-Es que ella duda por tu corte de pelo.

En realidad, mi cabello había crecido bastante; pero marcó mis facciones con un toque especial.

-¿Y qué tiene que tenga cara de malo si no lo soy?

-Si fuerai malo no me juntaría contigo, Curipipe.

-Ya lo comprendo

Al día siguiente esquivé la presencia de Eduardo y me lancé a "cortear" a la Plaza. Además iba con la esperanza de obtener nuevas relaciones distantes del cerro.

Más allá del mediodía trepé a mi hogar por el Parque El Litre. Y al posar mis ojos en la casa de Eduardo, noté que mucha gente se buscaba con tristeza. Sólo en ese instante supe la noticia: Eduardo Arredondo se había derrumbado desde la plataforma superior. Encontró la muerte violenta que temía su madre.

Los padres del muchacho se adhirieron a su cuerpo por largas horas. El cerro se sintió sobrecogido por esta tragedia y yo más que nadie.

Pasó la tarde, la noche y no pude visitarlo. ¿Por qué hice caso a sus palabras? Me escondí en mi cuarto durante el tiempo que duró el velorio y estuve amurrado, incluso con mi madre.

-¿Por qué no vas a ver a Eduardito, hijo?

-No, mamá. No puedo.

Por el vientre de La Merced nació el nuevo día y yo volví a esconder mi cabeza en los rincones de la pieza.

A la hora del entierro, el padre de Eduardo Arredondo vino a pedirle a mi madre que me dejase acompañar sus restos. Me negué rotundamente: sabía que no podría caminar un paso al lado del ataúd.

-¿ Es que no tienes corazón, hijo?

-No puedo, mamá. No puedo...

Supuse que estaría rodeado de flores, con sus ojos grandes y con un traje blanco que solían ponerle los domingos. ¿Por qué no le acompañé ese día? Me sentí responsable. Ya no volvería a reír como los niños normales.

La señorial Carroza, blanca como el alma de Eduardo, esperaba donde se confunde el plan con el cerro.

Desde la galería de mi hogar, perdido entre las plantas, ví descender el fúnebre cortejo. Mordí mis labios y comencé a llorar en silencio. ¿Por qué iban todos de negro? ¿Por qué hacían tan penosa la partida de Eduardo?

Mi madre me atrajo a su falda y puso en mi frente sus labios.

—Madre, tú has dicho que existe el cielo y que alla van los seres buenos. Si Eduardo está en el cielo, ¿por qué se han puesto esas ropas negras?

No contestó mi pregunta.

VII

Los días se sucedían con cierta monotonía. Mi madre no me insinuaba que fuese al Vergel; pero salía por las tardes.

- -¿Dónde vas, mamá?
- -A Los Doce Apóstoles, hijo.
- -¿Y por qué vas a una hora en que la iglesia está cerrada?
 - -El reverendo me atiende en la capilla privada,
 - -¿Y qué haces allá?
 - -Rezo por ti.

-¿Y por qué por mí?

-Porque tú necesitas mucho del Señor-

No me creía malo, mas esa preocupación tan fingida fué dañándome con el correr de los años.

Abochornado por el cambio de palabras con mi madre, subí al Camino de Cintura y, al notar que dos muchachos se divertían sobre un montón de piedras, sentí dolor por la ausencia de Eduardo Arredondo. Después quedé como aletargado mirando la cúspide del cerro de La Cruz. Allá arriba, en el plantel regenerador, penaban en vida Pitopán y Timbirita.

Un sábado por la tarde fuí a visitarles: hubo emoción sincera.

-¿Y cómo estái, pus Curipipe?

-Mux bien, Pitopán. ¿Y cómo te va a tí, Timbirita?

-Flor, pus Curipipe.

-Y tu mamá, ¿siempre pica con Robertino?

Ante el exabrupto de Pitopán, se me vino una pregunta encima. ¿Iría realmente mi madre a rezar a la capilla privada de Los Doce Apóstoles? Lo cierto es que la salida de Pitopán me dejó detenido.

-"Y tu mamá, ¿siempre pica con Robertino?"

Desde ese momento surgió en mí algo obsesionante: espiarla hasta el cansancio. ¿No me tenía acaso por un espía? Y si mi padre no la vigilaba, lo haría yo aunque perdiese toda esa blancura que descubría en sus ojos, en su rostro, en sus manos.

-¿Y cuánto tiempo les queda, cabros?

-Los largamos esta noche.

- Y cómo?

- —El Sr. Director quiere que, pa callao, los vamos a tocar el piano a otra parte.
 - -¿Y por qué?
 - -Porque quería que le comiéramos el chico.
 - -¿Cuál chico?
 - -¿El culo, pus tonto idiota! ¿Entendís?

Ahí supe, ante la cruda expresión de Pitopán, que el Director era invertido y asediaba a los nuevos recluídos. El regenerador de muchachos irregulares no había tenido éxito con los chiquillos y los mantuvo a distancia.

Una tarde de encierro la vida de Pitopán y Timbirita hizo crisis: sorprendieron al educador convertido en guiñapo humano bajo la guata sebienta y peluda del cocinero del establecimiento.

No hubo otro camino: la fuga impuesta.

Dos días después me unía a Pitopán y Timbirita y comenzaban las viejas andanzas por El Almendral y el Vergel. Y fué en este último lugar donde tropezamos cierta vez con un diario que destacaba a dos columnas el retrato del medido Director del Reformatorio de Valparaíso.

- -Loreen el Director, chiquillos!
- -; Está igualito el tonto maricón!
- -; La pechuguita pa salir en la prensa!
- —Oye, Curipipe, tú que le pegái al cosío, ¿qué dice debajo del marica?

Hice un gran esfuerzo y logré descifrar el enigma que preocupaba a Pitopán y Timbirita.

- -; Apúrate, pus Curipipe!
- -; Larga luego la sin hueso, Naríz con Delito!

La risa, ante el acierto de Timbirita, se perdió en

el océano...

Lei con lentitud:

- —"Pedagogo, escritor y director del Reformatorio de Valparaíso que acaba de publicar una acertada obra sobre el adolescente vago y delincuente".
 - -¿Y qué es eso de pegajoso, Curipipe?
 - -Que enseña a los que no saben.
- —; Y pa que hay d'esos gallos si no son capi de enseñarlos a losotros? — saltó Timbirita.
- —Cállate vos, cachi moco, no sabís que el Director del Reformatorio de Valpo enseña rebién, pero con el poto...

Risa general. Patadas y empujones de aquí y de allá.

En ese momento a Timbirita le dieron deseos de excrementar y se limpió el trasero con la fotografía del Sr. Director.

-Loreen, chiquillos, esta fotito me salió de tiempo.

Con maestra simpleza, el razonamiento de Pitopán y Timbirita se encuadraba en la lógica. Allí, ante hechos que revelaban tanta claridad, había dos muchachos sencillos, abandonados de la sociedad y de Dios. ¿Tenían la culpa de estar torcidos? No podía responsabilizárseles: la experiencia del reformatorio no admitía réplica.

¿A quién culpar de este desvío y desorganización? Estas y muchas otras conjeturas se debatían en mi naciente cerebro como un monstruo que iba dejando una huella de dolor y de sangre.

—Oye, Pitopán, si te dieran de comer; si te vistieran como los otros niños y lavaran tu cuerpo, ¿serías feliz?

-Psch, la preguntita que te madái, Curipipe. Parece que fuerai falleuque del mate. ¿Quién creis que los va dar pelota a losotros?

-Nadie -musité.

Hubiera deseado gritarles que cuando yo creciese me encargaría de enrostrarle a la sociedad sus injusticias; pero temí la risa de ambos y bajé la cabeza escribiendo en la tierra suelta la palabra pan.

Ante mi abstracción, Pitopán repuso:

—Pa que te estái quemando el níspero, Curipipe, Siempre seremos pobres y naide los enseñará a leer ni escribir.

Y Timbirita, con ojos en llanto, lanzó una frase que tiñó las sordas puertas del cielo:

-Losotros nacimos pa la cárcel!

Yo comprendí, en las sutiles palabras de Pitopán y en la mirada llorosa de Timbirita, que no podría permanecer inmóvil ante el recio panorama que comenzaba a ofrecerme la vida y mi definitivo despertar en ella

La calle, fuente de perdición para algunos seres, me dió la pauta de innumerables problemas y me recapacitó para luchar abiertamente. Si no hubiese asomado mi nariz a la calle tal vez —como hijo de maestro— sería fino, medido, indiferente. Por la calle supe del hambre, del frío y de las injusticias sociales: sin el conocimiento de ella sería suficiente, quieto, responsable.

De vuelta del Vergel, me fuí a incrustar a casa y conversé largo con mi madre.

—Quiero aprender a leer y a escribir bien y saber de todo, mamá. Tú me ayudarás, ¿ verdad?

Quedé mirándola con ojos muy tristes y la advertí tan serena que no cupo en mi cabeza la capciosa salida de Pitopán.

-"Y tu mamá, ¿siempre pica con Robertino?"

Me aproximé a su falda y, arrodillándome, le besé las blanquísimas manos.

—Si aspiras a ser otro, hijo, tendrás que cambiar de amistades. Esos granujas que andan a tu lado son perversos y manchados.

Tuve deseos de contestarle en forma dura, pero desvié mi rabia hacia otros senderos.

—Te anticipo que no son malos, mamá. A los pobres siempre los persigue la desgracia.

Al hablarle a mi madre veía en el aire a niños bien vestidos, alegres, rosados. Mi ambición flotaba en un solo sentido: servir, ayudar, cooperar. Yo quería a los niños abandonados; empero me hubiese gustado que no existiesen.

Por fin, mi madre creyó encontrar una fórmula de paz.

—Para aprender todo lo que te interesa, hijo, lo primero que tendrás que hacer es asistir al Mes de María de la iglesia de Los Doce Apóstoles.

-¡ No iré, mamá!

Le narré lo que me aconteció con el señor cura; no obstante tuvo una respuesta profunda.

—Si algunos sacerdotes son débiles, hijo, es necesario perdonar.

Sus frases me espantaban y no dudaba de que podría haber sido una mujer destacadísima si no hubiese unido su vida con mi padre, pues a él no le importaban los dolores del mundo al apreciarlo todo desde la sima de una

botella de vino. Le ví siempre borracho, arrastrándose, fétido, descompuesto, hediondo de continuo a excremento. Y aparte de su vista vidriosa y sanguinolenta, mendigando amor a una mujer sensual, fina, de rostro depurado.

-Además, si un sacerdote es malo, los otros no lo son.

-Bien, mamá. ¿Cuándo empezaremos a estudiar?

-Tan pronto comiences a frecuentar la iglesia.

Al día siguiente de las conversaciones sostenidas con mi madre, los muchachos me comunicaron que partían a la capital en pos de nuevos horizontes.

—Aquí los tienen rochao, Curipipe. Santiago es tan regrande que naide se fijará en losotros. Dicen que en la capi la gallá se porta flor con los pelusas.

Por la tarde los fuí a encaminar hasta el viejo Camino de Las Zorras y les largué algunas "chauchas" que conseguí corteando en la Plaza. En el momento de la separación, ví a Pitopán que secaba sus ojos con un "huiliento" gangocho que le caía por sus hombros.

-No te olvidís de fosotros, Curipipe.

—; Adiós, Timbirita!; Que te vaya bien, Pitopán! Sus menudas siluetas desaparecieron cerro arriba.

VIII

Decidí tolerar la senda religiosa que me exigía mi madre. Vestí, de la noche a la mañana, con más cuidado.

Me agradó la iglesia y conquisté algunos amigos, incluyendo a ciertas niñas muy hermosas y elegantes. Una gran parte de la muchachada no soportaba mi raída vestimenta y simplemente me despreciaba. Yo les comprendía; mordía mis puños y les miraba en sus juegos con tristeza.

-¿ Por qué hay tanto orgullo en algunos muchachos, mamá?

-Es que ellos son obedientes y no se juntan con mu-

grientos.

- Hasta cuándo los persigues, mamá?

Exasperado por la insistencia, comía mis uñas, haciendo gestos de malestar. Mi madre no cedía:

-Esa rebeldía es el diablo que te come por dentro. ¿Te portarás bien? ¡Contesta!

—Sí, mamá. Pero los chiquillos no son malos. Ellos roban porque tienen hambre.

Yo no entendía por qué mi madre se preocupaba con tanto empeño de Pitopán y Timbirita. Cuando le conté que ellos habían partido a Santiago se aquietó y no volvió a fastidarme con sus crueles palabras.

Los días principiaban a transcurrir con vertiginosidad y la chiquillería se preparaba con gran alborozo para la ceremonia católica del 8 de diciembre. Mi inquietud me indujo a consultar a mi madre:

—Mamá, ya estoy listo para el 8 y me gustaría hacer la primera comunión. ¿Quieres?

No obstante haber notado una raya de bondad en sus ojos, la respuesta fué contundente:

—Es necesario que tengas un terno negro, una cinta con tu nombre en dorado, una vela especial, santos impresos, medallas... Además, habría que ofrecer una fiesta: un chocolate para tus amigos. ¡El próximo año será!

Tuve miedo de esperar tanto, y con mayor devoción continué frecuentando la parroquia de Los Doce Apóstoles. Confieso que durante el lapso que conviví en el templo cristiano fuerzas muy poderosas me rehicieron y el temor de la idea infernal huyó para siempre de mí.

En la iglesia conocí niños muy decentes y guardé mu-

cha compostura delante de ellos: no quería que me supiesen un rotoso. Reconozco que mi madre me mantuvo muy
aseado; sin embargo mi ropaje estaba demasiado deslucido para conquistar el corazón de la generalidad. Había
algunos niños que se interesaban por mi personalidad, otros
se fijaban en mi traje. No ubiqué a ninguno que tuviese contactos de humanidad y ternura como los descubiertos en las almas sencillas y agrietadas de Pitopán y Timbirita. Es cierto que a ratos podía captarse odio en ellos.
¿Sería un odio justificado?

El día de víspera de la comunión general, casi enfermo de susto, me acerqué a un confesionario y me sentí refortalecido al escuchar una dulce voz que interrogaba sobre mis pecados. La misteriosa voz sentenció algunos rezos de penitencia y me aconsejó evitar las malas compañías.

Y sobre el cielo porteño, llegó el ansiado 8 de diciembre. Los niños se vistieron de gala y las muchachas semejaban princesas. A todos les aventajaba en edad; empero mi escasa estatura me hacía aparecer menor que la mayoría de los debutantes de ambos sexos.

En la misa de comunión el Padre oficiante llamó a los niños y yo no obtuve fuerzas para presentarme ante sus ojos. Tuve miedo de mi traje, de la risa, del mundo, de los candelabros, del sol reflejado en los cristales, de la mañana tan hermosa, del sacristán indiferente, de los monaguillos saltarines y risueños. Además, no oí detrás de míninguna sílaba de consuelo. Y sobre la solemnidad del acto, noté que mi ropa estaba más triste que otros días.

-; Anda, no te detengas! Tú tienes la frente alba.

No pude moverme. Ví que el orgullo de la muchachada se traslucía en sus rostros, en sus movimientos y en otros detalles inútiles. Por su parte, sus padres esperaban nerviosos en las banquetas finales y con ojos extáticos proseguían las alternativas de la sagrada ceremonia. Los niños recibían la bendición con gran majestad mientras yo permanecía vacío, sujeto a la nada.

En la iglesia no ví a mi madre ni a nadie del cerro que me ayudase en tan críticos instantes. Parecía sonámbulo en el momento en que los muchachos recibían la hostia. De súbito, fuí impulsado a huír del templo.

-¿ Qué hacís, ahí, chiquillo palomilla?

Miré hacia la derecha, hacia la izquierda, arriba, abajo y no capté caras agrias, sino hombres rezando con gran respeto. Yo comprendía que mi figura no era adecuada para una ocasión de tanta trascendencia y tuve terror de que los asistentes se pusiesen a reír de mi ridícula facha.

-¿No me abandones, Señor?

Seguí esperando y esta larga espera fué muy dura. Después vino la comunión de los adultos y sólo ahí me decidí a todo. Caminé entre un grupo de personas respetables y quedé perdido al lado de un hombre elegante y despectivo, y de un hombre canoso que me observaba con pena y que depositó un afecto sobre mi cabeza.

Al tocar la hostia con mis labios, resucité. Mi actitud había pasado inadvertida para el mundo. Finalizó la misa y todos salieron muy contentos. En la puerta principal de la parroquia, que cae sobre la Avda. Argentina, hubo abrazos, risas, gritería.

Aun no sabía si mi comunión era válida y opté por

entrar de nuevo a la nave central de la iglesia. Un padre oraba en un rincón y a él me acerqué. Mis nervios no respóndían, pero tuve vigor para enfrentarlo.

-Padre, ¿verdá que mi comunión vale?

Me estudió por los cuatro costados antes de mover sus labios. En ese instante llevaba camisa de mezclilla, pantalones lustrosos y muy cortos. Mis pies no estaban descalzos, mas lucía alpargatas azulejas muy deterioradas.

-No te entiendo, hijo. ¡Explícame con calma!

-Es que yo no me atreví a presentarme cuando llamó el Padre y lo hice entre la gente grande. ¿Vale mi comunión, Padre?

Por la sonrisa benevolente del eclesiástico, supuse la respuesta.

- —Tu comunión vale mucho, hijo mío. Tú has recibido a Nuestro Señor con la mayor humildad.
 - No me engaña, Padre?
- —¿ Por qué debía de engañarte? ... Y cuándo grande serás un hombre muy bueno.

Salí como un poseído a la calle y al notar a los distinguidos muchachos con el fulgor en sus rostros, reía hacia adentro con la satisfacción del triunfo y la felicidad relativas.

El mismo día de mi primera comunión tuve una grata sorpresa. Al franquear la calle Victoria y enfrentarme con la Plaza O'Higgins, descubrí los gentiles ojos de Pitopán y Timbirita.

-En el cerro supimos que estabai de monaguillo.

Y otra vez la voz afinada de Timbirita:

—Dicen que estái más santo que las lagartijas. ¿Es verdá que te maidái un Padrenuestro sin respirar?

-¿Y cómo les fué en la capi, chiquillos?

-¡Los cabriamos allá! Los pacos son perno mayor y

garuma no aguanta a los pelusas,

Despreocupados y en medio de gran regocijo, el cerro nos mostró sus grietas. Al iniciar la Subida El Litre, Rosquita, el pandillero de La Cruz, interceptó a Pitopán agarrándolo con firmeza de los brazos.

- —Ahora que te largaron los tiras santiaguinos no quiero que pisís mi cerro. ¿Oyiste?
- —Y tú creís, Rosquita, ¿qué voy a tenete mieo? A las mismas cuatro de espero en el Vergel.
- —¡Soy enroscao tampoco! Sin falta los encontraremos y estaré con mi banda.
 - Y yo con la mía! ladró Pitopán.

Cuando Rosquita desapareció entre las viejas ranchas de su cerro, ví que la frente de Pitopán sudaba en mugre y rabia.

- Chitas en el manso cahuín que los metimos! Y pensar, Pitopán, que los quedan tres horas pa estirar las patas.
 - Y si vamos los tres con cuchillas?
- -¿ No sabís, Curipipe, que Rosquita manda un pelotón de treinta y a veces más?

Desde ese momento pasé a formar abiertamente de la pandilla de Pitopán como lugarteniente y consejero. En el puesto de ayudante erguía su mirada el humilde Timbirita. Ante la promesa de no separarnos, pasase lo que pasase, nos dimos a la ingrata tarea de buscar adeptos por todos los rincones de la "conventillada litrera". En dos horas armamos una patota de veinte granujas de clase super baja, prestigiados en lanzar piedras, usar hondas y manejar cuchillos. Pitopán los reunió en un solar y, con

voz entrecortada, les dijo:

- -Rosquita, el pandillero de La Cruz, los espera en el Vergel con una patota de treinta. Losotros somos menos, pero le haremos collera. Si alguno tiene miedo, puede quedarse atrás: los chilenos la peliamos de frente.
 - -¡ Viva Chile!
 - -¡ Viva Pitopán!
 - -; Viva el cerro Litre!

Todos, con mi sola excepción, iban descalzos y entre ellos surgían nombres pintorescos y burlones como Pulga, Cacharacha, Cordelito, Lagartija, Manuel Pito, Tetera, Pirhuita, Charcheta, Rajita...

La gran turba púsose en marcha a eso de las tres de la tarde de un día en que el sol y el viento se abrazaban.

Recuerdo que antes de plegarme definitivamente al grupo, había corrido a casa para despedirme de mi madre.

- Quisiera que rogaras por mí, madre!

Ella no supo nada de esta nueva aventura y, con seguridad, que atribuyó mi rogativa al período de contrición porque pasaba. Tampoco me indagó sobre el por qué de mi súplica.

La banda de Rosquita, el pandillero de La Cruz, era respetable. La mayoría de sus componentes escondían en sus bolsillos punzones y cuchillas zapateras.

La ascensión al Vergel fué lenta, monótona. Sólo a grandes trechos cambiábamos palabras. Pitopán, el abandonado de El Litre, se encargaba de exhortar a la chusma agresiva con encendidas frases de aliento. Algunos de los nuestros llevaban palos, otros hondas y los más pequeños piedras afiladas. Todavía el nivel moral estaba muy alto

y el belicoso grupo avanzaba sobre el enemigo con fiera gallardía. Todos discutían y accionaban a la vez; pero todos sabían también que la batahola iba a ser de proporciones, pues Rosquita, el pandillero de La Cruz, tenía varias caídas por cuchillero, por robo a mano armada y por hurto de carrozas y sacristanes.

Lo impresionante del pelotón lo constituía Margarita. Ella supo oportunamente el peligro que corría la patota y se ofreció a acompañarnos en calidad de Cruz Roja. No olvidaré que su cabeza lucía un pañuelo blanco y que en el brazo habíase puesto una cinta roja. Confundida, como uno de los muchachos, la ví ascender y recobré en mi mente, sin hambre ni deseos carnales, sus robustos senos, la redondez de sus hombros y la inquietud mórbida de sus muslos.

Pitopán ordenó que los chiquillos menores caminasen a la retaguardia; Margarita en el centro protegida por cinco guerrilleros. La plana mayor se proyectaba decidida en la vanguardia y estaba integrada por Pitopán, Timbirita, Lagartija y yo.

Luego de fuerte subida, comenzamos a descender en pos de la quebrada del Vergel, teatro de las operaciones bélicas a iniciarse. Antes de entrar en terreno, nos acogió el mutismo y los propios árboles, otrora tan familiares, adquirían trágicas formas. Los pájaros píaban como queriendo oponerse a nuestro avance. El destino estaba trazado: había que seguir.

Las últimas casas del cerro El Litre se perdían a más de dos kilómetros y no se divisaban vestigios de seres humanos por ningún lado. Minutos más tarde acampábamos en la orilla izquierda del riachuelo, de ese riachuelo que parecía dormir sobre una tierra roja y tibia.

Al otro lado empezaban los dominios del cerro de La Cruz, imperio absoluto de Rosquita, el fornido pandillero.

Tomamos posición de combate cerca de las cuatro de la tarde: hora cero. Los rostros de los muchachos se notaban rojos, asustados, trémulos. Como el silencio era Dios, Pitopán envió ágiles mensajeros en las cuatro direcciones.

—; El que tenga miedo, puede largarse. No querimos aquí maricones.

Nadie movió sus labios al descubrir su pecho Pitopán.

Pirhuita, el más joven de la turba, volvía con recias novedades: Rosquita, el temible patotero, avanzaba entre los arbustos secundado por una treintena de muchachones.

La contienda iba a nacer. Ví a Pitopán surgir como una divinidad sobre un montículo de piedras y apretar sus encallecidos puños. En el cinto llevaba un puñal carnicero y sus ojos estaban llameantes. Sobre el silencio secular de la quebrada, agitó con énfasis su pelucona cabeza y mordió el planeta con patriótico acento:

—La pelotera será del porte de un buque. Losotros, los del cerro El Litre, no aflojaremos. No quiero que ninguno aprete chaqueta. Naide morirá, pero si alguno le llega al pihuelo, Margarita se encargará d'el. Ellos los ganan en número, pero losotros también somos chilenos y no los rindiremos. La guerrilla será a piedra limpia, a cuete y cuando los caguen a cuchilla. ¡A luchar por nuestro honor y a esconderse tras las ramas! ¡Viva Chile,

mierda!

-; Viva Chile, mierda!

El eco se grabó en el cielo mientras brazos y palos sobresalían por los aires.

En el instante, recordé mi comportamiento religioso de la mañana. ¿Quién me impulsaba a estar ahí? En verdad, oue hubiese muerto de pena si no gritara presente en esa tarde memorable. Pitopán y Timbirita necesitábanme y la fidelidad de los otros chiquillos comprometía. Yo estaba muy contento, aunque a ratos, una ligera angustia entorpecía mi garganta. ¿Sería la visión maternal, de la iglesia o el temor al deslumbrante infierno? No podía contestarme.

Me sabía fuera de mí cuando se oyó el silbido del primer anuncio enemigo. Eran ya poco más de la cuatro de la tarde. El techo porteño mostraba ligeras nuberillas blancas.

-; Contestar! -rugió Pitopán.

Se inició la vida. Una lluvia cerrada de piedras caía sobre nosotros. Los muchachos no desmayaban y se infundían valor con palabras de grueso calibre.

—; Echale, Lagartija! —; Dale, Timbirita!

Manuel Pito era el tambor de la refriega. Tenía en la cintura un tarro lleno de camotes y piedras que movía estrepitosamente. El radiante tambor roncaba a morir.

- -; Esta es pa tu madre, desgraciado!
- -¡ Allá va pa tu agüela, vaquilla!
- -; Ecolecuá, Pirilita!

Pitopán se exponía mucho y ofrecía blanco con extrema valentía a Rosquita, quien se había puesto, para resguardar su cabeza, una especie de casco militar, que más tarde advertimos como una roñosa y saltada bacinica.

Cada piedrazo enemigo horadaba la gredosa tierra, pero los rostros reían. Además, no había aun heridos.

-i No se escondan, maricones!

-; Aquí hay pichula pa vos, Rosquita tamboreado!

-; Ya cagarán en un tarro!

Pitopán ordenó avance en línea hasta los próximos arbustos. Sólo el riachuelo nos separaba y las dos pandillas se encontraban a quince metros de distancia.

Una piedra hirió la rodilla izquierda de Lagartija; se quejó éste y volvió a la carga con mayor furia. Margarita, Cruz Roja improvisada, lo obligó a replegarse y le amarró la parte herida. En esos momentos me topé con los ojos de la muchacha y sentí que renacía en mí el valor. Avancé cinco metros completamente solo. Pitopán entró en desesperación.

- Cuidado, Curipipe, que te van abrir el coco!

- Colócate la teta en la terraza!

Manuel Pito, tambor en la guerrilla, seguía desplegando furor con su tarro y le daba un realismo preciso a la batalla.

De pronto, me ví protegido por Pitopán y Timbirita. Las piedras seguían silbando y la soldadesca enemiga, como advertencia, empezó a usar hondas.

—¡Sacar las hondas y tirarse de guata! —dispuso Pitopán.

Margarita vendaba la cabeza del segundo lesionado:

había sucumbido el mínimo Pirhuita. Ví correr sangre también por el rostro de Pulga y sonreí hacia adentro cuando noté que retiraban del campo enemigo a Latoncito, lugarteniente de Rosquita.

- -: No usen fierros, jetones de mierda! -se oyó la voz de un contrincante.
 - -Solamente piedras rectificó Pitopán.
 - -: Los chuchones están aflojando!
 - -; Están cagando fuego!

La guerrilla se prolongaba por una larga media hora cuando se desplomó Manuel Pito, el tambor. Se apagó el tarro. El tambor había cesado con todos los honores. El muchacho se desangraba por la frente. El mocosuelo apenas llegaba a los diez años y demostró sorprendente arrojo haciendo ladrar el tarro. Margarita, la heroína del Vergel, le estancó la sangre con tiras que desprendió de sus vestidos. Hubo necesidad de mayor vendaje y entonces la muchacha rasgó sus vencidos calzones. Se le notaron fuertes muslos: pero nadie miró sus carnes, sino su alma.

-; Viva, Margarita, mierda!...

Pitopán se impacientaba y todos cruzamos miradas de angustia. Ya sólo quedaban cinco de los nuestros. La pandilla de La Cruz resurgía de frenesí.

- -; Los están cagando, Curipipe!
- -¡ Viva Chile, mierda!...

Entonces subió a mi garganta un grito atronador:

- -¡ A la carga!...
- -¡ A la carga! -respondió el grupo.
- -i Viva Chile, mierda!...
- -; Viva Pitopán! -respondí.

Las aclamaciones se apagaban ante la euforia enemi-

Sólo cuatro nos precipitamos al encuentro de la avanzada de La Cruz. Los heridos quedaban al cuidado de Margarita.

La banda de Rosquita, el audaz pandillero, al vernos como fieras, ordenó lucha cuerpo a cuerpo. El choque fué calamitoso: en segundos fuimos sometidos a la soberbia del hábil cuadrillero.

Desde el grupo de Margarita una voz herida lanzó un lejano ¡Viva Chile!...

—¿Y qué me decis, Pitopán? ¿Te dai cuenta que no te la podís conmigo?

Pitopán tenía el rostro ensangrentado, la camisa en hilachas y el pecho rasguñado. En su mano asía un puñal y se hallaba en posición defensiva.

—Bien, pus Rosquita, pero a combo limpio no me la aguantái.

Rosquita fijó sus ojos en Margarita y olvidó el desafío de Pitopán. La muchacha estaba despeinada, sentimental y se veía hermosa después de la recia faena de la tarde. À ella pareció no importarle la insistencia sexual de Rosquita y continuó estrujando la sangre de la cabeza de Manuel Pito.

-¿Y este cuerito de dónde lo sacaron?

Se aproximó a la chiquilla y le acarició el pelo.

-; La Margarita es mía, Rosquita!

Me temblaban las piernas; pero volví a la serenidad cuando los ojos de Margarita aprobaron mis palabras.

—¡ Miren el hijo del madestrito como se encacha tampoco! Mejor será que le digái a tu papá que aprete la gallofa secadora de chuicos.

Me dió un empujón con desprecio y se acercó decididamente a Margarita. Intentó besarla delante de los muchachos, mas ella le rechazó con aversión.

Ante los hechos, salté enfurecido sobre Rosquita y nos trenzamos en una pelea a muerte. Era muy alto el pandillero, de mayor edad y corpulencia que yo. No obstante, con mi escasa estatura, no le tuve miedo. Además, defendía algo que consideraba como mío.

Al separarnos de un cuerpo a cuerpo, volví a gritarle:

—¡La Margarita es mía y no me la quita nadie!
¿Oíste, Rosquita?

- Gánatela, si la deseái!

Unos y otros nos rodearon y cada cual vitoreaba a sus favoritos.

- -Estái peineta, Curipipe!
- -; Dale otra en el hocico!
- -; Al otro pencazo caga fuego, Rosquita!

Hubo momentos en que ví las discutidas luces del

martirio y dióme tanta pena paladear la derrota que, enceguecido, mandé de un derechazo a mi rival a tierra. Se cyó un saludo victorioso, aplastante.

-; Viva, Curipipe!

-; Viva!...

Rosquita al verse en el suelo cambió de táctica. Sacó a relucir un afilado cortaplumas. Los bandos permanecieron mudos por un instante. Timbirita me deslizó una cuchilla zapatera para mi defensa. ¿Qué hacer? Los nervios me saltaban ante la mirada infernal del famoso pandillero de La Cruz. Esperé inmutable que Rosquita se allegase, Tenía la certeza de caer herido; pero afirmé la cuchilla en mi mano derecha dispuesto resistir.

En el momento en que vivía recordé tantas cosas: mi madre, los soberbios murallones de Los Doce Apóstoles, los finos ojos de Irma, el cuerpo en llamas de Margarita, las palabras hirientes de mi padre y el cerro íntegro con su miseria en llagas.

Noté que Rosquita se envolvió la mano con un trapo y, con altivez, me gritó:

— Defiéndete, Curipipe, que d'esta no vai con vida! — Ojo, Curipipe, que Rosquita te puede calar la guata!

En el cielo había nubecillas arreboladas y espanto y ansiedad en los hambrientos ojos de los muchachos. Rosquita tomó posición y estaba pronto a lanzarse sobre mí. No le tuve miedo y esperé a la defensiva que algún milagro detuviese su enojo. Recuerdo que permanecía frente a él sin odiarle y consciente de que las pandillas tenían mucho de contacto en sus puntos de origen social. Entre ellos

contábanse muchachos vagos, delincuentes, perdidos abandonados a la dureza del puerto. Casi todos dormían, boca abajo, en las estrechísimas callejuelas del Puerto o en la empobrecida Caleta Jaime de la barriada "almendralina".

Consumido por estos pensamientos, ví de súbito el cuerpo de Rosquita balancearse sobre mi pequeñez material. De suerte le esquivé con tanta inteligencia que el cuchillazo dió en el aire y pasé, al girar en redondo, a ocupar el montecillo donde minutos antes Pitopán arengase con tanto fervor patriótico al grupo peleador. Al ver a mi rival bajo mis pies, apreté más la cuchilla y estuve alerta a la nueva embestida de Rosquita. Quise permanecer, aunque ello me fuese fatal, siempre a la defensiva. Pitopán me alargó un pañuelo y envolví rápidamente mi mano.

No sé qué hubiese dado en ese instante para detener el encuentro; pero estaban ahí los ojos de Pirhuita, de Manuel Pito, de Cacharacha, de Lagartija, de Rajita, de Charcheta y las miradas enemigas. Margarita tenía un dejo muy triste.

Alguien removió el Vergel.

- Despierta, Curipipe, que Rosquita te va a cagar!

- Ya es hora que te lo sirvái, Rosquita!

Los pandilleros morían de inquietud y, a intervalos, sufrían segundos de suspenso. Todos sabían que uno caería. Las apuestas estaban en favor de Rosquita, pues el pandillero, por los mútiples antecedentes de su vida, tendría que salir airoso de la difícil prueba.

Antes de iniciar el segundo choque, volví a pensar en aquellas personas y cosas que parecían mías. Al descubrirme frente a la realidad exacta consideré lo absurdo de esta pelea, máxime cuando la sangre mancharía el Vergel. Me esforcé por hacerle comprender a Rosquita que me daba por vencido. Este pareció entender mis deseos.

-; No aflojís, Curipipe!

Entonces Rosquita se sintió triunfante y sonrió con desplante.

—¡Ya te ponís a llorar, Curipipe! ¡Hácete hombre, Nariz con Llapa!

Un rayo iluminó en ese momento mi cerebro y solté la cuchilla zapatera que me deslizara Timbirita.

- Aquí está mi pecho, Rosquita!

Me rasgué la camisa y me arrodillé a sus pies y cuando descontrolado ví a Rosquita que levantaba el cortaplumas para ensartarlo en mi cabeza, cerré los ojos y me encomendé a Dios. Se oyó un extraño murmullo.

-; No, Rosquita! Hay que respetar al vencido...

Creo que el pandillero reaccionó confundido, porque oí con claridad su temblorosa voz:

-Bien, Curipipe. Soy valiente y seremos amigos.

Me dió un abrazo y todos se abrazaron.

-; Viva, Rosquita!

-¡ Viva, Curipipe!

El drama había concluído. Mi extraordinaria actuación produjo paz y las bandas se unieron para siempre. Ahí, sobre el mismo teatro de operaciones, convinimos que ambos cerros se hermanaban y que en el Vergel cesarían las guerrillas.

- —Ahora serás tú el capitán —me dijo Pitopán, luego de observar mi desempeño frente a Rosquita.
 - -No, Pitopán. Tú eres más gallo que yo. Hoy me salvé

por cachativa.

Al ponernos en marcha, por senderos diferentes, los muchachos del cerro de La Cruz, esparcían sus gritos al espacio:

-; Viva el cerro Litre!...

-; Viva el cerro La Cruz!...

En el regreso, Margarita me llevaba del brazo y los guerrilleros malheridos iban afirmados por los ilesos. Recuerdo que, a pesar de las cabezas vendadas, de los chichones, de los rasguños, caminábamos alegres y, como pasatiempo, risotadas cubrían la enrojecida tarde.

Al despedirme del valeroso grupo, para dirigirme a mi casa de Nápoli 95, noté que el sol dejaba caer sus puñales amarillentos sobre el pacífico corazón del Mar del Sur.

Con justa razón, el sermón nocturno se prolongó por varias horas. Mi madre repitió con gran pompa las palabras concluyentes de mi padre, agregando que el camino de la perdición me esperaba. Hube de reconocer que me había extralimitado, pues, aparte de una herida cortante en el frontal, mis pantalones quedaron con una boquera tremenda.

— En qué quedaron tus deseos de estudiar y ser otro?

— No podía dejar a los cabros solos, mamá. Tuvimos una refriega con Rosquita y tú sabes como es él.

Ante mi posición de absoluta sumisión, me atrajo a su falda y musitó:

- —¡Cuándo serás un niño decente! ¿Por qué, siende hijo de nosotros, te juntas con muchachos perdidos?
 - -Tienen un gran corazón y son valientes, mamá.
- —Definitivamente he pensado enviarte a Los Laureles donde tu abuelo.
 - -¿Y cuándo será eso?
 - -En tres meses más.

No pude aceptar ni desaprobar lo que mi madre proponía. Con todo, me pareció extraordinario conocer otras tierras; mas volví mi rostro con tristeza cuando retuve en mi mente las zamarreadas vidas de Pitopán y Timbirita.

- —Allá lo pasarás muy bien porque tu abuelo tiene una tienda y podrás iniciarte como vendedor al mostrador. Para ello, es menester que estudies y conozcas las cuatro operaciones.
 - -¿Querís que empecemos mañana a estudiar?
 - -¿Y por qué no desde hoy?

Y las clases comenzaron por la tarde. Mi madre puso tanto empeño en que yo aprendiese que sólo en días me codeaba con números abstractos, concretos, decimales, sistema métrico, complejos y otras barbaridades matemáticas.

Después de la lección de las tardes, me reunía con Pitopán y Timbirita. Les conté a los muchachos mis aspiraciones de irme al sur a casa de mi abuelo; pero que era necesario pulir mis conocimientos para ayudar al mostrador. Ellos, en una de esas tardes, aprovecharon la oportunidad para comunicarme que partían a Casablanca a trabajar en una siembra de porotos y maíz.

-Y si te vai, Curipipe, no te olvidís de traerlos un regalito.

En seguida, la voz picaresca de Timbirita.

-Ojalá te hallís allá una cabra flor pa que la sentís en el cacho.

Les dejé de ver; mas tuve latentes en mí sus amplias sonrisas y la amargura que se escondía allá de sus carnes.

Mi madre, por su parte, se portó muy cariñosa durante el período de clase y no la ví preocupada de ningún problema. A veces no había qué comer y entonces tomaba como el viento la bajada del cerro, el parque, Merced y me enfrentaba, con un paquete de ropa bajo el brazo, a la Agencia La Sultana que se hallaba a una cuadra de la Plaza O'Higgins. Así cubríamos los vacíos estomacales.

Llegó enero y el viaje al sur quedó en el aire. El Llaima, volcán de la provincia de Cautín, entró en erupción y mi madre se resistió. El pueblecito de Los Laureles dormía en mis sueños.

- -Te enviaré el próximo año, hijo.
- -Cuando quieras, mamá.

Mi padre obtuvo sus vacaciones y había días en que le veía en casa. Y lo excepcional: lo noté amable conmigo y en armonía con mi madre. Sobre la mesa, tampoco lucía la clásica botella de vino.

He pensado, una y mil veces, que si esta paz hogareña hubiese reinado ininterrumpidamente, la calle y sus naturales misterios, no habrían tenido razón de ser para mi modesta existencia. ¡Cómo anhelé que esta calma se extendiera hasta el firmamento! Ahora sí que era feliz al lado de mis padres en amorosa conjunción.

Una noche tuve un encuentro con mi padre. Al tomarme de un brazo le quedé mirando asustado, a pesar de que fijé mi vista sobre la verdosidad de sus ojos. Tenía naríz aguileña, estatura mediana y el cutis amoratado por el alcohol.

—He sabido que entras por la buena senda.
Como no moví mis labios, continuó hablando:

-Si te sigues portando bien y dejas a tus amigos, llegarás lejos, porque no eres tonto.

Días más tarde el mundo y sus sombras extinguieron un poco más la inquietud de mi espíritu.

XII

Volvía de la rancha de Pitopán sin noticias de los muchachos, cuando observé un gran gentío en la puerta de mi hogar. Me faltaron piernas para trepar por las molduras y perderme en el dormitorio. Mi madre, tendida en su cama, lloraba en silencio. Mi padre le había castigado. Ignoro qué motivos tuvo para proceder en forma tan brutal. En los momentos en que la asistía, sonó un portazo y la voz vinosa de mi padre.

-- Y qué les importa a ustedes lo que pasa en esta casa?

Quise lanzarme tras él, pero le temí a los cientos de ojos indiscretos que me trasminarían a la salida del umbral.

Al cerciorarme de que los curiosos habían ya partido, una frase captada al vuelo detuvo mi respiración.

-; La mujer del maestro es una diabla!

Estas palabras me afectaron como un garrotazo; no obstante regresé donde ella y con un trapo le estanqué la sangre del labio superior.

-¿ Qué ha ocurrido, mamá?

-¡Si tú pudieras comprender, hijo!

Mi padre no apareció por la noche y tampoco al día siguiente. En el tercer día de ausencia paternal, mi madre tomó extraña determinación.

-Mientras vuelvo, tú cuidarás de la casa.

Se colocó un acinturado vestido de color negro y tapó su rostro con un velo plomizo.

-Si yo demorase, rezarás por mí, ¿verdad?

Le miré con pena y ví que sus ojos no resistían. Su inusitada conversación púsome en alerta. ¿Qué acontecía en su cerebro?

En seguida me besó en la mejilla, en la cabeza, en el cuello. Noté que le tiritaba el cuerpo, las piernas y que no podía concentrarse. Estaba como atolondrada.

-Hasta luego, hijo mío...

Paso a paso descendió al plan y a ratos volvíase en redondo para decirme adiós.

Era la tarde, y era un vientecillo impertinente: polvoroso, seco, punzante. Las viejas ranchas "cerrísticas" aullaban agotadas. El sol dejaba caer con laxitud los últimos destellos sobre el tempestuoso Océano Pacífico. Desde el fondo azul del cielo muy pronto las estrellas iniciarían su centelleo amistoso con los astros-hermanos.

Minutos después, mi madre se perdía junto a la gruesa muralla que colindaba con el ex-Hospital Naval.

Entonces nació en mí la angustia de seguirla, espiarla. Así lo hice y bajé al plan como el viento. Ella caminaba por la Avda. Victoria, en dirección al Puerto. A continuación siguió por Condell, la arteria comercial de Valparaíso, y giró sobre sus pasos para incrustarse en la histórica catedral que se erguía a escasos metros de la Plaza Victoria.

En el interior de la iglesia, había muchos feligreses y el ambiente estaba saturado de intensas cortinas de incienso y mirra. Al esconderme tras una columna marmórea, ví a mi madre que, arrodillada, pedía ayuda ante la Virgen María. Transcurrieron algunos minutos: las luces de los candelabros chocaban con los cristales multicolores. La tarde fallecía.

La calle, aturdida por la muchedumbre, detenía el paso corto de mi madre; pero con mucha paciencia se fué allegando a la Plaza Sotomayor, lugar donde duermen su sueño de eternidad los Héroes de Iquique.

El cerro de Playa Ancha se me vino encima. Los ascensores ascendían y bajaban en constante coquetería, sin besarse. Era un idilio purísimo, sin contactos, primitivo. A grandes lapsos, un pitazo ronco anunciaba el bostezo de un transatlántico. La noche había surgido; pero una leve claridad traspasaba la tierra.

Desde la Aduana, mi madre continuó hacia el ondu-

lado Camino de Las Torpederas. Iba con paso ligero y sin volver la cabeza. Yo tenía la plena seguridad de que mi persona estaba ausente de sus pensamientos. El aire nocturno del océano llenó mi faz de frescura y animación. No lejos podía distinguirse la forma de un falucho bailarín.

Una hora más tarde, mi madre se detuvo junto a un precipicio rocoso. La baranda de cemento se inclinaba sobre una mancha negruzca. El viento le arrebató el velo plomizo que le cubría la cabeza, perdiéndose en la noche marina. Los largos cabellos de mi madre, flotaron al cielo como algas espantadas. Hacia la derecha, no distante de un roquerío amenazante, la vieja "boya del toro" discutía con el mar. El viento dejó de rezongar. Hubo silencio, silencio desnudo, silencio triste.

¿Qué pensaba mi madre? ¿Qué intenciones la absorbían? De pronto, me aterroricé al verla que se alzaba sobre una saliente. Abajo el agua y los afilados picachos se estrechaban. Miré a mi alrededor: no ví a nadie, sino árboles majestuosos tocando las estrellas.

—¡No, mamita! ¿Qué vas a hacer? ¿No me quieres, entonces?

Al verme púsose a llorar y me abrazó con fuerza.

—Tu padre no volverá más a casa y nos moriremos de hambre.

- ¡Yo trabajaré para tí en la Plaza!

No solté su brazo y con ella volví a Valparaíso. La noche se había puesto negra, definida, y la "boya del toro" persistía en su llanto marinero.

El regreso tuvo ribetes mudos, ocasionalmente hablaba con frases cortantes sobre la bravura del mar. La Plazoleta de la Aduana en el Puerto resurgió de nuevo.

- -¿Y por qué quieres morirte, mamá? ¿Es que no valgo nada para tí?
- —Tú vales mucho, pero yo necesito de algo que tú no puedes darme.

Me explicó que no podía entenderse con mi padre y que, acogida por la soledad, le agradaba platicar con los amigos de él.

- -¿Y por qué te casaste entonces?
- —Cuando tú naciste le quería. Después comenzó a llegar borracho y celaba mis pasos. Ahora lo detesto.

Subimos a un tranvía y otra vez el mutismo.

A las diez de la noche el hogar abría sus puertas. Mi madre preparó una taza de café y en seguida se recostó sobre la cama a buscar su porvenir entre las cartas.

Me acerqué a ella: la observé ensimismada en el juego.

- -Y si mi padre volviese, ¿le querrías?
- -Si dejara de tomar, quizás.
- —Y si mi padre muriese, ¿volverías a casarte? Aquí detuvo con brusquedad el juego y una cristalina respuesta dejóme amargado por mucho tiempo.
- —Hijo, si comieras hoy un determinado alimento y si con él te envenenaras, ¿volverías a comerlo por segunda vez?

La comparación de mi madre, referente a la vida conyugal, me indujo a pensar desde muy niño muchas cosas. Desde luego ya no pude reír como los niños comunes.

Al comprobar que mi madre continuaba como atontada por el naipe inglés, volví a despertar su mente con una

frase humana:

—Si mi padre no vuelve, yo trabajaré para tí. El viento silbante de la medianoche precipitó mis ideas por opacos senderos,

XIII

La vida hogareña se tornó monótona y adquirió para mí relieves confusos. No obstante, a medida que transcurrían los días, me sentí más seguro, más fuerte. Mi avance en las letras y en las matemáticas traspuso todo límite.

La ausencia de mi padre se extendía ya por un largo mes y en ese período tuvimos que hacer peripecias para no caer en la hambruna. La señora Josefina, mujer de guardián, se portó muy bien con mi madre. Esta vecina, que oficiaba con destreza en el arte de partear, la atendió una noche en que la fiebre la consumía. Desde mi lecho oí algunas palabras que entonces no pude aclarar:

—Otra vez que haga estas leseras, m'hijita, se va de un tirón a las pailas. ¡Un aborto es cosa peliaguda!

Mi padre apareció en la casa al mediodía y con ello vino la reconciliación. El tiempo sepultó las heridas.

Por algunos días ví a mis padres muy cariñosos y un renacimiento momentáneo alumbró el hogar de Nápoli 95.

El principio del idilio matrimonial pareció afirmarse una noche en que llegó telegrama de Los Laureles. Mi abuela Jacinta comunicaba en lacónicas líneas el fallecimiento de mi abuelo. Esa noche, a pesar de ligeras lágrimas sin asunto ni emoción, se habló de herencia, de futuras operaciones comerciales y de otras aspiraciones sustentadas desde hacía largos años.

-Ya no habrá más miseria, hijo mío.

Al día siguiente mis padres se dirigieron por el expreso de las ocho de la mañana a la capital. Luego seguirían en el nocturno al sur con destino al maderero pueblo de Los Laureles.

-"Ya no habrá más miseria, hijo mío".

La frase repetida con insistencia por mi madre en el andén de la Estación Barón quedó bailando en mi cabeza. Sería posible tanta belleza? Me hice innumerables ilusiones resaltaron a mí los colores rojos, verde y azul en su máxima tonalidad. Por algunos momento, me pareció que todo el mundo era feliz y que la pobreza no tenía imperio en ningún lugar de Valparaíso.

Por la noche vino Margarita en misión de hermandad y estuve muy contento. Ella se había puesto un delantal

blanco y sus ojos lucían más grandes, más negros. El pelo enmarañado dábale gracia y coquetería a su cuerpo.

Muy pronto me sirvió un plato de sopa y una taza de café con leche. En seguida fuimos a la galería y admiramos la luminosa costa ahita de barcos anclados. Por su parte, los focos de los cerros se confundían con el titilar de los soles cercanos.

No olvidaré que Margarita, siempre tan sensual, me tenía retenido por la cintura y que, dominado por sus calores, vivía un instante de ensoñación.

- —; Es verdad que quieres a todos los muchachos del cerro, Margarita?
- —Sí, porque todos son buenos. ¿Te gustaría saber una cosa?
 - -; Dímela, Margarita!
 - -Tú eres mi preferido.

Sentí que una fuerza misteriosa me recorría desde los pies hasta los últimos pelos de mi cuerpo.

- Y es verdá que te has acostado con Robertino?

Margarita me contó que una tarde en que el italiano llegó a la rancha, la halló recostada en una cama. Después de mirarla, le había ofrecido un par de zapatos. Ella, luego de un ardiente beso, decidió remangarse las polleras.

- Y le seguiste aguantando?
- -No, Curipipe, porque nunca llegaron los zapatos.
- Desgraciado!

Después me llevó a la cama y estuvo largo rato a mi

Un fuerte viento movió la casa y ella aprovechó el instante para colarse desnuda bajo las zurcidas sábanas.

Notábase húmeda la fiebre, exquisita en su locura sexual.

La vela terminó por lanzar las últimas bocanadas de luz y Margarita clavó sus ojos en los míos.

- -¿Es cierto, Margarita, que te has metido con Pitopán y Timbirita?
 - -Todavía no, chiquillo.
 - -Entonces, ¿lo harás con el tiempo?
 - -¿Y qué tiene?

Me colocó su mano en el sexo y repuso:

-Todos los hombres quieren esto

Me confundí y rojo de vergüenza le quité la vista. Margarita no mentía y esa franqueza terminaría por matarla.

- -i Y no tienes miedo a morirte, Margarita?
- -¡Ojalá, porque odio a los hombres!
- -Y si los odias, ¿por qué te dejas pescar por ellos?
- -¿ Podrías decirme, a qué viene la pregunta?
- -Bueno, quería saber.
- —Y luego lo harás con Pitopán y Timbirita, ¿verdad?
- —Si lo desean, me entregaré. Después de todo los gusanos y las baratas se comerán mi carne.
 - -¿Y por qué me quieres a mí, Margarita?
 - -Por el cariño que sientes por los muchachos pobres.
 - -Pero si yo también soy pobre, Margarita.

Cuando la muchacha me ofreció su regazo, hervía de placer y sus pechos estaban erectos buscando la vida.

Entretanto el viento arreciaba y esa noche remotamente comprendí que la falsa felicidad terráquea se ubicaba en las gráciles piernas femeninas.

En el silencio de la noche hubo reciprocidad de senti-

mientos y de angustias:

-; Margarita!

-; M'hijito!,...

No lejos resucitó la mañana y un caliente jarro de leche a mi cabecera. Y en seguida, como un resentimiento lógico, vino sobre mi pequeñez la realidad de los cerros, del plan, del anchuroso océano y del vívido campo de la sexualidad casi morbosa.

XIV

De repente tuve deseos de ver a Pitopán y Timbirita. ¿Dónde sufrirían sus vidas? Me fuí a "cortear" a la Plaza y allá, a boca de jarro, topé con Latoncito, lugarteniente de la banda de Rosquita.

- -¿ No sabís, Latoncito, de los cabros?
- —; Están en la pesca, pus tonto charchetúo! Les picó rejuerte por manejar la que no mete ruido.
 - -¡Chitas la mala pata!
- —Y tú que no tenís cuentas con los tiras, Curipipe, ¿por qué no preguntái por ellos? Yo te espero en la esquina

por siaca. ¿Querís?

-¿Y por qué te interesái tanto por ellos?

-Porque me tinca que Rosquita lo tienen patas p'arriba en el enfriadero.

Rondé durante largos minutos en las proximidades del edificio de Investigaciones sin atreverme a enfrentarlo. Los ojos suplicantes de Latoncito me decidieron.

—; No le tengái miedo a los tiras que llegan a bufar de tontos!

Semiaturdido, introdújeme en la oficina que atendía un hombre con rostro de hiena.

-Yo quisiera saber de Pitopán, de Timbirita y de Rosquita, señor.

-¿ No sabís, cabro, qué apellidos tienen?

Como titubease en la respuesta, el representante de la justicia me agarró de la solapa.

- -¿Cómo se llaman esos cabros? ; Responde!
- -Yo no sé, pero...
- -Y vos, ¿quién soy?
- -Yo soy ...
- -¿Y cómo te dicen?; Contesta!
- -; Curipipe!
- -Cuando contestís agrégale, "señor". ¿Oíste?
- -Sí, oí, señor.

Me agotó a preguntas y suposiciones inverosímiles. A ratos no podía respirar y sentí que mis endebles huesos querían desplomarse.

- -Y tu padre, ¿en qué trabaja?
- -Es profesor de la Escuela N.º 4, señor.
- -¿Y por qué andái inquiriendo noticias sobre delin-

cuentes?

- —Son mis amigos.
- -- Y cómo te llamái?
- -Guillermo González, señor.

Tocó un timbre y en el acto apareció un hombre que se cuadró como estaca:

- Ordene, mi jefe!

Mi interrogador le pasó un cuestionario en que supuse iría mi nombre, mi sobrenombre y los apodos de mis compañeros: Pitopán, Timbirita y Rosquita. Dos minutos después hubo respuesta telefónica. El rostro del detective anunciaba huracán de sangre y gloria, de placer y fiesta.

Quise escabullirme, pero me retenían los ojos satisfechos del siniestro individuo. En ese mismo momento entró en el hall de guardia el cabo de Aduana que hacía algunos meses me detuvo en el muelle por sospecha. No reconoció mi persona, mas concluí sudando como bestia.

Mi aprehensor, desconfiado por naturaleza, ordenó a otro colega, seguramente de menor graduación, que previas las formalidades del caso, dieran conmigo en un calabozo.

-; Pero si yo no hecho ná, pus señor!

-¿Y pa qué te asustái entonces?

Me introdujeron en un recinto abovedado, y me dejaron bajo doble llave. Las murallas expedían fetidez. Este cuartucho, albo en un tiempo, mostrábase sebiento y exhibía pensamientos amargos, versos heridos, palabras obscenas, blasfemias y formas pictóricas dantescas. También en las rugosas paredes se estampaba la inquietud de un prisionero místico; de un esperanzado sin remedio. En el alto cielo, casi tocando el techo, vivía un agujero con barrotes entrecruzados. Era el único grito solemne hacia la libertad.

En un costado se advertía un hueco, una especie de boquera negra, vomitando gases nauseabundos. En torno a los gruesos labios de este hocico espeluznante danzaban cientos de moscas, bichos de raras contexturas, mariposas amarillentas y silbadoras. Era el excusado del calabozo.

Una ampolleta de escasa luz hacía más tenebroso el rincón carcelario. Una puertecilla metálica daba a una inmensa galería donde se veían otros calabozos atestados por hombres barbudos, seres horrorosos, hombres prematuramente muertos, bestias-humanas desilusionadas de la alta justicia. A ratos, un acontecimiento inaudito movía los corazones: los estridentes goznes de un calabozo vecino giraban y una mujer miserable, prostituída hasta la médula, ondulaba sus calientes carnes hacia las tinieblas. Desde el fondo de la miseria humana, escapábanse gruñidos febricientes:

-Oye, cabra, préstale el poto al Guatón Ramírez y te larga al tiro.

-; Apuesto que te pillaron patinando en la Aduana!

-¡Cuidado con el capote de los tiras, Chelita!

Algunos modismos no los entendía; empero no me producían admiración.

Y viniendo la noche, un hombrecillo encorvado dejó en la ventanilla de la celda un plato de aluminio con porotos grises y un pan candeal. Observé la merienda, más no atiné a disfrutar de ella. No tenía hambre. ¿Quién podría tener apetito en ese húmedo recinto?

Al rato volvió el hombrecillo encorvado y retiró el plato y el pan.

- —Oye, cabrito, no seái tonto, porque tenís pa varios días.
 - -Pero si yo no he hecho ná.
- -Eso es lo que decís tú, pero la torta es otra. Mejor será que larguí la sin hueso, porque odenó te van a hacer cosquilla en la guata.
 - Yo no tengo miedo!

El hombrecillo encorvado sonrió hacia adentro y dióse a canturrear "Ladrillo", vieja canción que habla de las amarguras de la cárcel.

-: Chitas que soy tieso tampoco!

Por un guiño que hizo el hombrecillo encorvado, comprendí que quería entregarse. Hubiera deseado confesar-le que en las proximidades del edificio me aguardaba Latoncito; sin embargo tuve dudas: el muchacho vestía harapos y el trato para él rayaría en lo sangriento. Sin motivo, el hombrecillo se aproximó a la ventanilla de mi celda. Me esforcé por sonsacarle algo que diese luz a mi aflictivo espíritu.

- —Maestrito, ¿por qué no me dice si han estado por aquí Pitopán y Timbirita del cerro Litre?
 - -; Por la chupalla los amiguitos que te gastái!
 - -Si no son malos, maestrito.
- —Si yo sé que son regüenos, pero pa ensartar la quis-
 - -Pero digame si han estado por aqui.

- -Hasta ayer estuvieron, pero se los llevaron al reformatorio con un tal Rosquita.
 - -; Ah!
 - -¿ No se te ofrece otra cosita, cabro?
 - -; Por qué no avisa a mi casa que me tienen aquí?
- —; Ahí si que no te aguanto, pus cabro! Ligerito te va tirar la lengua el curioso y él puede dar orden pa eso. Yo no puedo porque está picando muy juerte.

Otra vez se alejó entonando una canción popular el hombrecillo encorvado y yo me sentí acogido por las sombras de la noche. Volví mis ojos hacia los barrotes: único lazo de unión libertaria. Allá en el infinito, conversaban ajenos los rutilantes astros de la Osa Mayor.

Las campanas de una iglesia vecina impusieron silencio. El hombrecillo encorvado abrió de súbito la puerta de mi calabozo. Un civil fornido, de rostro agrio, de ademanes toscos, me arrastró por el pasillo hasta un cuarto de la peluquería. Las voces oprimidas saludaron mi paso:

- Muérdete, cabro, que te pueden joder!

-¡Cuidado, chiquillo, que los tiras son bestias!

Yo habría soportado todo si hubiese cometido un delito. ¿Por qué me tenían ahí? Por las advertencias de los delincuentes, supuse que no veían en mí un perdido.

-"; Cuidado, chiquillo, que los tiras son bestias!"

Sin pensarlo, me encontré sentado en una banca negruzca. El hombre fornido, de rostro agrio, ordenó corte de pelo al rape.

-Pero si yo no quiero cortarme así, señor.

— Vos te estái calladito si no querís cagar antes de tiempo! ¿Oíste?

-Si, oi, señor...

El peluquero se ensañó con mi cabeza. En verdad, que no queria cortarme el pelo, porque le temía al desprecio. Además las bestias torpes habían huído para siempre de mi pobre cabeza.

Después el mismo hombre fornido, de rostro agrio, me llevó a un amplio corredor donde innumerables chiflones de agua rugían en desorden. El detective ordenó que me desnudase.

-¿Y pa qué me voy a desnudar, señor?

-; Desvistete, desgraciado!

Un puntapié acertó en mi trasero y por primera vez comprendí que la vista me abandonaba.

-Si yo esto, limpio, señor.

Muchas veces me hizo pasar por el corredor de los chiflones, terminando por caer boca abajo traspasado por el frío.

-¡ Por la chuata que aguantái poco, cabro hocicón!

El hombro salió conmigo a la rastra. Había satisfacción en su rostro y anhelos sádicos. Al preguntar por un trapo pará secarme, se dió a reír como atacado:

—; No querís una salida de baño también, tonto maricón?

Me vestí sobre el cuerpo mojado. En el instante no sé qué parecía, pero es de suponer que si alguien del cerro hubiese visto mi figura habría ahogado en su garganta un feroz grito de indignación.

En un rincón esperé una nueva orden de la fiera detectivesca. Ahí, meditando, sentí una mano sobre mi hombro. —; A cantar clarito delante del jefe! ¿Oíste, sinvergüenza? Si mentís te vamos a fondear en la bahía.

Devané mis sesos pensando acerca del por qué de ese trato; creo que mi cariño por Pitopán y Timbirita y mi admiración por Rosquita, no justificaba la posición de esos hombres de rasgos macabros e inhumanos.

Otro cuerpo del edificio mostró su miseria: dejáronme vuelto hacia un rincón.

—Aquí te vai a estar hasta que te llame. ¿Oíste, descarado?

Y ahí quedé tranquilo, seco de reflexionar, de observar y de observarme. Después, la mano del hombre fornido, de rostro agrio, se agarró de mi oreja y me sumió en un mundo de soledad y desesperanza.